

# LA LEY GENERAL ABSOLUTA DE LA DEGRADACION AMBIENTAL EN EL CAPITALISMO

John Bellamy Foster

James O'Connor nos ha hecho considerar la relación entre lo que ha llamado «la primera y la segunda contradicciones» del capitalismo. Me referiré, al igual que Marx, a la primera contradicción, como a la «ley general absoluta de la acumulación capitalista»<sup>1</sup>. La segunda contradicción se puede llamar entonces «la ley general absoluta de la degradación ambiental bajo el capitalismo». Es característico del capitalismo que la segunda de estas «leyes generales absolutas» derive su fuerza de la primera: así es imposible acabar con la segunda sin haber acabado con la primera. Sin embargo, es la segunda contradicción más que la primera la que constituye cada vez más la amenaza más obvia no sólo para la existencia del capitalismo sino para la vida del planeta.

O'Connor dice que la primera contradicción «expresa el poder social y político del capital sobre el trabajo, así como la tendencia inherente en el capitalismo a la crisis de realización, o a la crisis de la superproducción del capital»<sup>2</sup>. Se expresa en el continuo intento de aumentar la tasa de explotación. Esta «ley general absoluta de la acumulación capitalista» tiene como resultado por un lado la acumulación de ri-

queza y por otro la relativa miseria y degradación humana. Refleja una «oscilación de los salarios» que es «mantenida en un límite satisfactorio para la explotación capitalista» por la reproducción constante de un relativo excedente de población de desempleados o subempleados. Hoy el «campo de operación» de esta ley es el mundo entero<sup>3</sup>.

Es más difícil caracterizar la segunda contradicción del capitalismo o «ley general absoluta de la degradación ambiental» ya que la economía política burguesa (al igual que la crítica marxista clásica), por razones relacionadas con el funcionamiento del mismo capitalismo, nunca ha incorporado en su lógica interna lo que Marx llamó las «condiciones de producción» (naturales, personales y comunales)<sup>4</sup>. Sin embargo, esta contradicción puede ser expresada como una tendencia a la acumulación de riqueza por un lado y por otro al agotamiento de recursos, contaminación, destrucción de especies y habitats, congestión urbana, y deterioro sociológico del ambiente vital (en resumen, «condiciones de producción» degradadas).

Bajo el capitalismo «cuanto mayor es la

<sup>1</sup>«Como todas las otras leyes» escribió Marx sobre esta ley general absoluta, «ésta es modificada por muchas circunstancias, el análisis de las cuales no nos interesa ahora», *El Capital I* (New York: International Publishers, 1967), p. 644. El término «absoluta» se usa aquí, como señala Paul Sweezy «en el sentido hegeliano de 'abstracto'...» Ver *The Theory of Capitalist Development* (New York: Monthly Review Press, 1942), p. 19.

<sup>2</sup>James O'Connor, «On the Two Contradictions of Capitalism». *CNS* 8 (2,3), October, 1991.

<sup>3</sup>*Capital I*, po. cit., pp 645, 769; Harry Magdoff y Paul M. Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion* (New York: Monthly Review Press, 1987), p. 204.

<sup>4</sup>James O'Connor, «Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction.» *CNS* 1, 1988, pp. 16-17.

riqueza social, el capital circulante, la extensión y la energía de su crecimiento», mayores son las demandas ecológicas del capital, y el nivel de degradación ambiental. Mientras que la segunda ley de la termodinámica garantiza que habrá un incremento en la «degradación entrópica» con el crecimiento de la producción, la existencia de un modo capitalista de apropiación, con su objetivo de promover las ganancias privadas sin tener en cuenta los costes sociales o ambientales, garantiza que esta degradación entrópica tenderá globalmente a niveles máximos económicamente posibles en cualquier fase histórica dada. Peor aún, la estructura contemporánea de producción de mercancías, que depende de los pesticidas, las petroquímicas, los combustibles fósiles y la energía nuclear, y su trato de los hábitats externos como espacios comunes extensos, tiende a maximizar la toxicidad total de la producción y promover la destrucción acelerada de hábitats, creando problemas de sustentabilidad ecológica que pesan más que el efecto entrópico general<sup>5</sup>.

Aunque la «ley general absoluta de degradación ambiental» trata principalmente del campo de los procesos natural-materiales, y del valor de uso más que del valor de cambio, los costos soportados por el ambiente repercuten en el campo económico de muchas formas diferentes, reflejando lo que Engels llamó «la venganza» de la naturaleza que sigue a cada «conquista (humana) sobre la naturaleza». «El trabajo,» observó Marx, «no es la única fuente de riqueza material, de valor de uso producido por el trabajo. Como señaló William Petty, el trabajo es el padre y la tierra es la madre». El capitalismo crece, señala Marx, explotando al primero y «robando» a la segunda<sup>6</sup>.

Obviamente una tal relación de saqueo con los sistemas ecológicos no puede alargarse sin consecuencias desastrosas para la propia economía. Así hemos sido testigos del surgimiento de lo que conocemos globalmente como «la crisis ambiental» en la segunda mitad del siglo veinte (que empieza con el inicio de la era nuclear)— como un punto en el desarrollo del sistema cuando la escala y la extensión de su operación está en peligro de aplastar los ciclos ecológicos más importantes del planeta. Esta nueva conciencia de la degradación ecológica ha llegado a la conciencia de la misma sociedad sobre todo a través de los efectos económicos, pues sólo ahora las barreras físicas generales repercuten en las barreras económicas específicas contra progresos del capital<sup>7</sup>.

La reestructuración del capitalismo que se dio con su fase monopolística en el siglo XX llevó a la agudización de la primera contradicción, al hacer que para el capital fuese más y más necesario ampliar el círculo de consumo, mientras se mantenían intactas las relaciones básicas entre capital y trabajo<sup>8</sup>. Así, la penetración de los esfuerzos de venta en la producción, ya percibida por Veblen, se ha vuelto evidente, minando la pretensión capitalista de ajustarse a las condiciones de producción necesarias en general<sup>9</sup>. Un panecillo inglés corriente, por ejemplo, pasa por 17 «pasos de energía» a partir de la cosecha del trigo, con el resultado que aproximadamente se utiliza ahora dos veces más energía para procesar el panecillo que su contenido en calorías<sup>10</sup>. El precio de la oferta, así, ya no se ajusta a los principios racionales de ahorro de costes. De hecho, siempre están surgiendo «cadenas de mercancías» más barrocas, y cada eslabón en la cadena se justifica por el incremento de la ganancia que proporciona al

<sup>5</sup> Nicholas Georgescu-Roegen, «Afterword» en Jeremy Rifkin, *Entropy* (New York: Bantam, 1989), p. 305; Narindar Singh, *Economics and the Crisis of Ecology* (New Delhi: Oxford, 1976), pp. 20-24, 30-35.

<sup>6</sup> Friedrich Engels, *The Dialectics of Nature*, New York, International Publishers, 1940, pp. 291-92; *Capital I*, op. cit., pp. 43, 505-06.

<sup>7</sup> Paul M. Sweezy, «Capitalism and the Environment», *Monthly Review*, 41, 2, June 1989, pp. 1-10; Michael Lebowitz, «The General and Specific in

Marx's Theory of Crisis», *Studies in Political Economy*, 7, Winter 1982, pp. 5-25.

<sup>8</sup> Karl Marx, *Grundrisse* (New York: Vintage, 1973, p. 408).

<sup>9</sup> Ver Paul Baran y Paul Sweezy, *Monopoly Capital* (New York: Monthly Review Press, 1966), pp. 131-39; Thorstein Veblen, *Absentee Ownership and Business Enterprise in Modern Times* (New York: Augustus M. Kelley, 1923), pp. 284-319.

<sup>10</sup> Rifkin, op. cit., pp. 148-49.

contribuir a la venta del producto final<sup>11</sup>. Los productos sintéticos, venenosos para los ambientes natural y humano, se han vuelto intrínsecos al desarrollo del sistema<sup>12</sup>. Comprender este problema (junto con la expansión de los armamentos) llevó a Joan Robinson a insistir en que «la segunda crisis de la teoría económica» (la cuestión no ya del significado sino de su contenido) es ahora mayor<sup>13</sup>.

Desde principios de la década de 1970, la economía mundial está sufriendo un relativo estancamiento (o un declive en su tendencia de crecimiento secular) así como un aumento del desempleo y del exceso de capacidad de producción. El capital ha respondido a esta crisis como acostumbra, con una «reestructuración» desde la oferta, o llevando al sistema a una explotación más intensiva (una superexplotación) del trabajo y del ambiente. Muchas regulaciones que antes intentaban proteger las condiciones de producción ahora están siendo desechadas —como había previsto Polanyi— bajo el manto ideológico del «mercado autorregulador»<sup>14</sup>. Al mismo tiempo, el centro del sistema se ha desplazado de la producción de bienes y servicios hacia la proliferación especulativa de activos financieros. Un resultado de estos procesos ha sido la aceleración de la degradación ambiental. Así, no es un accidente que las dos últimas décadas hayan sido testigo de una aceleración de la destrucción de los restantes ecosistemas forestales naturales en todo el mundo, que según el criterio de Wall Street son vistos como activos sin rentabilidad suficiente

que deben ser liquidados tan rápidamente como sea posible.

Así la segunda contradicción del capitalismo rápidamente gana terreno a la primera —en parte debido a las medidas tomadas para compensar a la primera— sin que ésta realmente se reduzca. El resultado es un desorden «hiper-capitalista» en el que el sistema está obsesionado *a la vez* con ampliar los mercados y con hallar maneras de hacer frente a los costes ambientales<sup>15</sup>. Hasta ahora solamente una pequeña parte de los costos ambientales han sido así internalizados por el capital y el estado, y por tanto es una conclusión segura que las repercusiones económicas de la segunda contradicción crecerán a pasos agigantados (en parte debido a la presión de los movimientos sociales) señalando así la última «venganza» de la naturaleza contra el proceso de acumulación de capital.

Desde la perspectiva de los movimientos sociales las implicaciones son claras. Cualquier lucha que intente combatir solo unas de las «leyes generales absolutas» del capitalismo mientras se perpetúa la otra, será inefectiva. El futuro de la humanidad y de la tierra así está unido a la formación de una alianza entre los trabajadores y los ambientalistas que sea capaz de confrontar ambas leyes generales absolutas del capitalismo. La creación de esta alianza puede marcar la llegada de la ecología socialista como una fuerza histórica mundial, y el inicio de una lucha que más que cualquier otra definirá la historia del siglo XXI.

<sup>11</sup> Con relación las «cadenas de mercancías» ver Immanuel Wallerstein, *Historical Capitalism* (Londres: Verso, 1983), pp. 15-16.

<sup>12</sup> Barry Commoner, *The Closing Circle* (New York: Bantam, 1971), pp. 138-75.

<sup>13</sup> Joan Robinson, *Contributions to Modern Eco-*

*nomics* (Oxford: Basil Blackwell, 1978), pp. 1-13.

<sup>14</sup> Karl Polanyi, *The Great Transformation* (Boston: Beacon, 1944).

<sup>15</sup> James O'Connor, «The Second Contradiction of Capitalism: Causes and Consequences», *Conference Papers* (Santa Cruz: CES/CNS Pamphlet 1), p. 10.